

FRANCO FÉLIX
Lengua dormida

narrativa **sexto** piso



Lengua dormida
FRANCO FÉLIX



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Copyright © FRANCO FÉLIX, 2022

Primera edición: 2022

Imagen de portada

© JIMENA DUVAL

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2022

América 109

Colonia Parque San Andrés, Coyoacán

04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.

C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda

28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Formación

REBECA MARTÍNEZ

ISBN: 978-607-8619-88-7

Impreso en México

Esta novela es para mi madre
Pero también para mi padre
Y todos mis hermanos

*I don't believe in an interventionist God
But I know, darling, that you do [...]
But I believe in Love
And I know that you do too
And I believe in some kind of path
That we can walk down, me and you.*

NICK CAVE

*Se acabó, se acabó, mamá no volverá ya, nunca más.
Qué solos estamos los dos, tú en tu tierra y yo en mi
[habitación.
Yo, un poco muerto entre los vivos, tú un poco viva entre
[los muertos.
En este momento, sonrías quizá imperceptiblemente
porque me duele menos la cabeza.*

ALBERT COHEN

LA GRAMÁTICA DE LOS MUERTOS

Mi madre está sentada en una silla de metal, justo debajo del cobertizo de su casa. No debería estar ahí, silbando con inocencia, canturreando sabe qué cosa, como si el universo no se hubiera plegado sobre ella. Pero ahí está, a pesar de que está muerta. Se balancea con las patas traseras de la butaca y el respaldo hace un clinc al topar con la pared. Vuelve hacia adelante, recupera el equilibrio y se planta en el suelo. Me acerco a ella y me reconoce. Sonríe. En su cabello hay un montón de tierra oscura que se desploma con cada movimiento. Las uñas diminutas están ennegrecidas, la ropa está manchada con aceite y tiene las mejillas raspadas. Sé lo que está pasando. Observo sus pies descalzos y debajo de ellos hay una estela de arena que avanza hacia la calle y se pierde al doblar la esquina. La vieja ha salido de su tumba y se ha arrastrado hasta aquí. Siento un pellizco en la panza. Así empiezan las películas de zombis, me digo. ¿Será prudente acercarme? Es muy probable que al abrazarla no pierda la oportunidad de arrancarme el cuello a mordiscos. Doy un paso hacia adelante y extiende sus brazos sin levantarse. Cierro los ojos. Aquí es cuando la música tiende a mutar. Los violines dan paso a la histeria y se inaugura el festival de la carne.

—Por fin llegas —escucho la voz de mi padre.

Levanto los párpados. El hombre está junto a su esposa, lleva un pantalón de vestir y camisa, lo cual es raro

porque siempre anda en calzoncillos. Me hincó frente a mi madre y le tomo las manos. Siento la suavidad de la arena en mis rodillas, los huesos de sus falanges con la piel de mis dedos y el fémur aún tibio con mi codo. Ladea su cabeza y una cascada de arena cae de su mollera. Siento un cariño inmenso por mi viejita y entonces la miro a los ojos. Son distintos, tienen una película gris, tornasolada. Presto atención al iris y no es redondo, sino cuadriforme. También la pupila. La luz revienta en su superficie y sale disparada hacia los lados. Siento que está mirándome, pero desde otra parte, a la distancia, como si los globos oculares sólo fueran periscopios que maniobrara desde el fondo de su cráneo. ¿Estás ahí dentro, Ma? ¿Eres el homúnculo de Paracelso? ¿Segura que no quieres comerme el cerebro? Madre no sería un zombi notable si llegara a perder sus dientes postizos. Iría por ahí besando amablemente un brazo, una pierna, una cabeza, sin poder hacerse con un pedazo de carne decente. Sé que estoy soñando, porque las paredes tiemblan, se estremecen como latidos y el cielo, nebuloso y tenue, parece una membrana a punto de reventar.

—¿Qué haces aquí, Ma? —pregunto sin soltarla.

—Balan rrubinyu —me muestra los dientes.

—¿Cómo? —aguzo el oído, esperando que lo repita.

—¡Balan rrubinyu! —me toma un brazo y finge morderlo.

—Dice que sí comería carne —traduce mi padre.

Entiendo que ha escuchado mis pensamientos. Puse en duda su competencia caníbal en el Apocalipsis Zombi y ahora resulta que tiene poderes telepáticos. Me da un poco de vergüenza, me siento expuesto, despojado de mi pretendida sensatez, pero al mismo tiempo, cautivado

por las habilidades inéditas que mi madre ha desarrollado al atravesar el famoso Río Estigia. ¿Por qué mi padre puede entenderla? ¿Ha muerto también? Y yo, ¿por fin estoy echado bocarriba con la boca llena de vómito y los ojos en blanco? Seguro expiré de manera humillante. En el retrete, leyendo un artículo sobre los nombres más raros que existen en el mundo. Rey Follador Martínez, James Bond Pereira. Y si es así, ¿por qué no comprendo yo sus palabras? ¿Hay que tomar un curso? Qué joda seguir estudiando en el más allá.

—Bayi yara gulu guybin —miro a mi padre para que traduzca el nuevo enunciado espectral, mientras madre me acaricia la cabeza.

—...

—Dice que no estás muerto.

—Qué alivio.

—Balan dugumbil banju —me mira directamente y sus pupilas de polímero brillante parecen despejarse un poco en las orillas, un destello violeta es absorbido al fondo.

—...

—Ahora te va a explicar por qué vino a buscarte.

—Dime, Ma.

—Nada yanu baluguya. Nada yalay galabara ninanu. Bayi yara bagalnanu yurigu banaganu. Bala dagun. Balan dugumbil nangul yarangu bayan. Nada walmbiyirinu. Balan. Balan —todo esto lo dice sin pausas, con naturalidad. Se han invertido los papeles, al principio de nuestra relación era yo el que balbuceaba sin sentido.

—Tu madre tiene que cruzar una llanura, un humedal seco, resquebrajado. Pero lleva horas sentada esperando que los árboles la dejen pasar. Ha visto en ellos al hombre que caza canguros con una lanza. En las noches cuando

duerme, puede escucharme cantar, aunque no verme, y sueña con un montón de pájaros que se esfuman en el horizonte. Y cuando despierta sabe que ella misma debe ser uno de esos pájaros que arden con el sol.

No puedo reconocer ni un átomo de sentido en los enunciados de mi padre. Ni tampoco comprendo un tono, o un acento en la nueva lengua de mi madre. Sospecho que el idioma que hablan los muertos tiene fonemas nuevos e impenetrables para quienes todavía estamos vivos. Pero eso no es todo, la brecha acústica, representada en el mundo físico por aullidos, lamentos y sollozos fantasmagóricos que provienen de la oscuridad, es sólo el principio de una desconexión semántica mucho más abismal en términos cuánticos. La gramática de los muertos es compleja e inefable porque suspende el tiempo, mientras que nosotros quedamos encarnados en él. Imaginamos la vida y su misterio en una línea que avanza y que jamás retrocede, un renglón abstracto del cual somos su centro. No. El pasado, el presente y el futuro se mezclan dentro de una esfera en la que estamos confinados, porque tanto las ideas pretéritas como las ulteriores son parte del lenguaje mismo. No hay cómo escapar de él. Los vivos no pueden decir «estoy muerto» sin comprometer el principio de verdad. El idioma de los vivos se alimenta de esos pliegues fraccionados en segundos, minutos, horas, días, semanas, años. Incluso, uno se engaña y pretende contener el infinito en palabras como siempre, eterno, inmortal, perpetuo, pero la voz, irrevocablemente, se quema en el acto. Es la trama de los objetos orgánicos. Sin tiempo no hay mutaciones, ni erosión, ni existencia y, por supuesto, tampoco un final. En contraste, fuera de este globo lingüístico de los vivos, el lenguaje de los muertos tiene otras

propiedades: resiste y trasciende los límites. Cada articulación, por más mínima que sea, reproduce un eco en todas las trayectorias. La sustancia de sus fonemas se esparce reventando cada una de las dimensiones. Cuando dicen hola, ribera, sueño, o lo que sea, lo dicen desde antes del idioma y después del idioma. Sus vocablos preceden al nacimiento de los vocablos y a la extinción de todas las palabras, de todas las bocas y de todas las lenguas. Sus verbos están ocurriendo porque hablan desde el otro lado del muro del tiempo. Si dicen quiero, llevan queriendo desde que el universo era un punto suspendido en la nada. Y lo seguirán queriendo hasta que el cosmos retroceda y desaparezca. No es el quiero vital, efímero e insignificante cuando queremos un helado, un hijo, un automóvil o curarnos del cáncer. Quieren eso que ignoramos. Quieren eso que no podemos articular. Quieren como un aborigen quiere arrancar un corazón con una cuchilla de obsidiana para celebrar la vida. Quieren lo incomprendible en nuestros términos, lo que no abarcan las palabras. Y ahí, en esa extensión intemporal, para ellos somos como el insecto prehistórico atrapado en el ámbar. Su mirada oculta en la transparencia nos atraviesa e interpela. Nos confunde. Su gramática opera con distintos atributos, por lo que, al traducir sus pensamientos (como ahora mismo lo hace mi padre en este sueño) las expresiones de nuestros muertos parecen metáforas o analogías extravagantes, retazos simbólicos de ideas mucho más complejas que están, por supuesto, más allá de nuestro entendimiento. Sus oraciones son como cuentos surrealistas que provienen de una sensibilidad ajena al sentido, a la coherencia, al relato cerebral. Y ahí, en la perplejidad, en medio del caos

semántico, en el poema accidental: la piel y el espíritu se trastocan.

—¿Hacia dónde te llevo, Ma? —intento cargarla.

—Bayi yaradaran banju —apunta hacia atrás de mí.

—Dos hombres-árbol vienen hacia acá —dice el viejo.

—¿Qué hombres? —volteo de inmediato por encima del hombro. La luz intensa me quema las córneas. El destello lo cubre todo alrededor y siento que el disparo me funde las retinas. El dolor me consume, suelto a mi madre y me llevo las manos al rostro. Presiento que algo al interior se licúa. Una masa gelatinosa me escurre por la boca y las fosas nasales y se acumula en mi barbilla. La carne del cuello se corroe y se disuelve y produce un agujero que deja ver la tráquea. Intento cubrirme la herida, los líquidos que imagino son sangre, mucosa y pus, se filtran entre los dedos y sale humo a bocanadas con cada exhalación. Algo bloquea la entrada de aire. El oxígeno se ha ido. Me ahogo en una nube gris.

Despierto alarmado con la garganta seca y los labios como dos cascarones de huevo. Los rayos del sol me golpean en la cara. Me incorporo de inmediato para no perder la vista. Corroboro mi estado sólido. Palpo con orgullo y sosiego la manzana de adán. No me he convertido en un pudín todavía. Pienso en el extraño mensaje de mi madre. Le doy vueltas inútilmente porque, en términos generales, no entiendo nada. ¿Quiere que derribe un árbol? ¿Que compre un pájaro? ¿Que vaya a nadar a un río? Aturdido, aunque también melancólico, voy a casa a visitar a mi padre y cuando entro, me recibe con la noticia de que, luego de varios meses, por fin ha podido soñar con su mujer. Antes de revelarle que hemos coincidido con Ana María en el baldío onírico, me explica que estaba sentada

en el mismo lugar en el que yo la he soñado unas horas antes. «Tenía la ropa llena de tierra y sus ojos eran como dos cubos negros», dice sonriendo. Elijo guardarme la coincidencia para no robustecer la superstición, porque lo conozco y si se entera que hemos tenido contacto simultáneamente con ella, no volverá pelar un ojo, tratando de descifrar su significado. Me pide café y, a tientas, deslizándose por la pared, busca el sofá y se pone a cantar mientras el agua hierve en la cocina. ¿Escuchas, Ma? El hombre ciego, echado en tu sillón preferido, tampoco puede verte, pero en la oscuridad, tu imagen, o más bien, el recuerdo de tu imagen, lo pone de buenas, aunque llegues en plan zombi.

Fuera del tiempo, vieja, nos arrastras en el lenguaje.

Quizá debo caminar hacia el pasado y hacia el futuro sincrónicamente para recuperar los principios del idioma de mi madre. Debo instalar una palabra en cada una de sus apariciones. La única manera de hablar su dialecto fantasma es revolver la carne con la transparencia, ver hacia el otro lado, a través de su cuerpo traslúcido, para que nunca se desvanezca y, como la lengua, sólo se extinga cuando ya todos nos hayamos marchado. Porque a cada muerto le corresponde una extinción lingüística. Ésta es la de Ana María:

CANGUROS EN LA HOGUERA

La mañana australiana del 23 de agosto de 2019, un piloto solitario con tendencias a la ensoñación y a la astrología fue cautivado por el exceso de color rojo en la línea del horizonte mientras sobrevolaba la costa de Bribie en Queensland. Pensó, al flotar por el alucinante paisaje litoral, que aquello era un presagio que coincidía con su horóscopo semanal y que pronto llegaría un romance impecadero a su vida. Así que, envuelto en una súbita y premonitoria felicidad, imaginó a su futura esposa, bella y radiante como la nube que tenía al frente, y maniobró la palanca del cíclico para que el helicóptero se bamboleara en el aire a manera de festejo. Sin embargo, al hacer una pirueta en 360 grados, reparó en un montón de objetos irreconocibles que se mecían con el oleaje. Lo intuyó de inmediato, pero quiso corroborarlo antes de abandonarse al horror. Descendió la aeronave a tres metros del suelo y confirmó un panorama que le revolvió el estómago y que, al mismo tiempo, asignó un nuevo sentido, uno de márgenes fatalistas, al cielo escarlata que centelleaba delante de sus narices. Ahí debajo, a unos cuantos centímetros del patín de aterrizaje, un montón de cadáveres se estremecían con el viento que generaban las aspas del rotor. Eran cuarenta canguros incrustados en la delgada arena de la playa. Casi todos tenían manchas negras en el pelaje y los ojos parecían uvas reventadas por el calor: las membranas rasgadas soltaban el jugo de las últimas imágenes del fin del mundo. Algunos, incluso, estaban tendidos con

el marsupio dilatado y dejaban ver las pequeñas colas o patitas de sus crías convertidas en despojos, en pedazos de carne, primero chamuscada y luego refrigerada por los nueve grados centígrados del invierno. La trayectoria perpendicular de las pisadas allá abajo contaba un relato. Cuarenta canguros habían escogido, con la última bocanada de aire y humo, saltar al mar y ahogarse en lugar ser devorados por el largo tentáculo de la llamarada. Estaban intentando escapar de los incendios que comenzaron días atrás en los campamentos de Top Swamp y Ocean Beach, un desastre que consumió el área boscosa al norte de la isla. Labrada por el terror y la desesperación de la fauna, aquella imagen siniestra que vio el piloto, suspendido en un rojo dantesco e imperial, sólo fue el principio de una devastación descomunal que se avecinaba.

Al día siguiente, al otro lado del mundo, murió mamá.

La noticia del incendio en Australia llegó horas después a este lado del planeta. El 24 de agosto, muy pocos medios reportaron el incidente de los cuarenta canguros calcinados en la playa de Bribie. El hecho pasó casi desapercibido porque la atención global estaba puesta en los incendios forestales de la selva amazónica. No obstante, algunos noticieros locales transmitieron una cápsula muy breve acerca de la pesadilla animal. La información disponía de una viñeta muy lamentable: la madre canguro y los restos de su hijo. Estaban enclavados, los dos, en un charco de agua salada. Se ignoraba el origen del incendio. No se sabía si el fuego había sido provocado por la estulticia turística o si había sido producido por la fuerza incomprendible de la naturaleza.

Fue un sábado. Yo vi la nota temprano, mientras envolvía cuatro burritos en papel aluminio sobre el comedor.

La televisión me distrajo del desayuno porque la fotografía de la madre canguro, la que estaban usando, al parecer, todos los medios del mundo, tenía una extraña animación, quizá no tan sutil como habría esperado el público para enterarse sobre la tragedia en Australia. Sentí un pinchazo en la barriga mientras me levantaba de la silla. Saqué uno de los burritos de huevo y le di un mordisco. Intenté abstraerme. Miré la tortilla un momento y estuve convencido, por un par de minutos, de que los burritos eran la máxima expresión del pragmatismo humano por su portabilidad. Los burritos son shandys. Estaba pensando idioteces para no mirar el aparato. El burrito no conoce el futuro, me decía para tratar de ocultar la aversión que había provocado en mí el pantallazo.

Apuré un trago de leche como si fuera mezcal, limpié mis bigotes con el antebrazo y sacudí la mano izquierda como si me deshiciera de un bicho pegajoso. Fui a lavarme por última vez y caí en la antigua polémica de cepillarse los dientes o no, cuando todavía se planea hincar el diente en algún bocado. Es triste cuando los refrigerios se amargan, cuando pierden sus propiedades organolépticas y parece que se está comiendo un trapo bañado en Isodine. Venció el bien, sólo desinfecté mis manos y arrojé el cepillo dentro del vaso que en otra vida fuera un contenedor de mole.

Creí en ese momento que estaba listo para salir a la universidad, porque ya casi eran las nueve. Acaricié una vez más el embalado metálico. La suerte estaba echada, era muy probable que comiera otro al manejar. ¿Hay leyes en contra de comer un burrito al volante? En un movimiento más bien maquinal, mientras atravesaba el umbral de la puerta, descubrí mi lonche antes de tiempo. Ni siquiera

alcancé a poner el seguro. Perdí la batalla. Hice una pequeña ranura para confirmar que aún estaban ahí los burritos restantes, seguros, a salvo, debajo de la protección plateada, como si un evento cuántico pudiera borrarlos del mapa. Había caído en la trampa del burrito encaminado. Rocé con mi mano derecha la orilla del papel aluminio. Fui gentil. Pedí permiso. Se me concedió el abordaje. Índice y anular palparon el forro de la servilleta y percibí la consistencia y la suavidad ocultas por el papel aluminio. Sonreí con timidez. El paquete brillante se abrió como una flor, como un marsupio lleno de vida. Dibujé, como dibujó ese famoso escritor argentino los labios de una mujer en ese capítulo cursi de su novela, el perímetro alargado de mi segundo aperitivo. Toco tu tortilla, con un dedo toco el borde de tu tortilla, voy dibujándolo como si saliera de mi mano y todo eso. ¿Estaba enamorado? De esto se trata, quizá, el amor, de dejarte llevar por un placer insospechado en medio del dolor ajeno: una selva en Brasil y un bosque en Australia se revolvían en las llamas en ese instante, mientras yo coqueteaba con mi burrito. ¿Qué estaba mal en mí?

Nada.

¿Cómo puedes asegurarlo?

La torpeza previa.

Previa a qué.

Al final.

Tenía el burrito en mis manos, pero tuve que colocarlo entre mi cuello y la barbilla para poder meter las llaves en la cerradura haciendo un poco de presión sobre la puerta. Meses atrás me habían robado y para entrar destruyeron el cerrojo con una barreta. Mi técnica funcionaba: levantar un poco la llave, como haciendo palanca, pero

girando en dirección de las manecillas sin mucha fuerza, pero tampoco siendo un holgazán. Apenas así rotaba el cilindro. El método era eficiente, pero esta vez había una variante: el burrito. El huevo caía en pequeños pedazos por los extremos. Sentí una punzada ahora en el pecho. ¿Esto es un corazón roto? Después del malabar de seguridad, era hora de llevar el rollito a su estado de gracia. Avancé hacia el carro y al poner el burrito en mi boca, sonó el teléfono.

Entonces, el burrito cayó al suelo.

Las Amazonas. Y Australia. Y ahora el teléfono.

Sí, el mundo se estaba yendo al carajo.

Pero, entonces, sonó el teléfono.

Sonó. Suena todavía.

Era María. No había otra forma de decirlo. Así que lo dijo sin rodeos. A mamá le restaban sólo unos minutos de vida, su ritmo cardiaco había descendido hasta las 24 pulsaciones, y debía correr si quería alcanzar su último respiro. Colgué sin decir una sola palabra. El oxígeno, de este lado de la línea, también se había ido. Creí, entonces, que estaba listo para esa posibilidad, pero no lo estaba. Lo supe de golpe, no estaba preparado ni para ir a la universidad, ni para perder al humano más importante en mi vida.

Madre había estado entrando y saliendo del hospital durante los últimos tres años. En un montón de ocasiones, los médicos nos aseguraban que no lo lograría, pero ella se imponía al diagnóstico. Se levantaba de la camilla y regresaba a casa. Herida, débil, maltrecha. Viva. Creímos que volvería a derrotar a su enfermedad, que sólo pasaríamos unas semanas ahí, confinados con ella en una habitación compartida con otros siete enfermos y sus